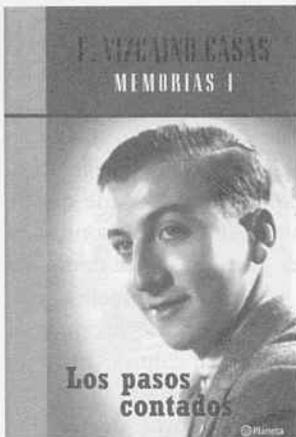


Una vida feliz en la posguerra española



Ejerce estupendamente de autobiógrafo narcisista Fernando Vizcaíno Casas (Valencia, 1926) en este primer volumen de memorias -queda en el aire la promesa de una continuación-, que copia su título del ya clásico de Corpus Barga, *Los pasos contados*. Los recuerdos que ocupan a Vizcaíno Casas se extienden desde su nacimiento el 23 de febrero del año 26 -no hay que decir que aprovecha la coincidencia de fechas históricas para el juego de términos en sentido irónico- y el año 49, en que España seguía sumida en una dura posguerra mientras que él, junto a su familia, vivía -le parafraseo- en un ambiente conmovedor, lleno de ilusiones y reventado de esperanzas.

Si muchas memorias son, además de páginas de recuerdos, justificaciones y lugares donde responder a acusaciones que laten en pequeños círculos o en la opinión pública, las de Vizcaíno Casas confirman la regla. Empieza dando varapalos a la censura democrática que, según dice, ejerce con él una "conjura del silencio". La acusa de no permitirle expresarse en algunos medios de comunicación, a la vez que se sacude la caspa de los hombros diciendo que quien le considera *facha* no es más que un envidioso por los éxitos que ha acumulado en su quehacer literario. Sea como fuere, lo que está claro es que en las memorias que recuerdan los años de la guerra y de la penosa posguerra española, caso que nos ocupa, encontramos dos testimonios radical y maniqueamente enfrentados: el de los "rojos" que se vieron obligados al exilio o cautivos de la represión franquista posterior, sufrida por la defensa legítima de sus ideales; y los de "fachas" que, como Vizcaíno Casas, celebraron la victoria. "Las semanas posteriores a la liberación de Valencia fueron de recuperación intensiva de valores, así espirituales como materiales", escribe el autor convencido al referirse al año 39, cuando empezaba a estudiar en el centro de los jesuitas de Valencia. Vizcaíno Casas es consciente de que está polemizando y afirma en numerosas ocasiones, con contundencia, la verdad de los datos que proporciona, aun cuando en otras tantas se disculpa por el apasionamiento que le embarga al recordar algunos episodios de los primeros años de su vida.

Que aparezcan apasionadas memorias de defensa del régimen franquista a las puertas del siglo XXI es una clara muestra de que la historia contemporánea no está emotivamente superada. Este hecho sirve para confirmarnos que, efectivamente, la guerra se produjo por un traumático encuentro ideológico que las memorias personales se obstinan en recordar en su tremendo partidismo, un partidismo que las alcanza muy de lleno aun cuando se quieren objetivos documentos históricos en muchos casos. En este sentido, Vizcaíno Casas es todo un maestro. Frente a un Javier Tusell al que acusa de "aficionado a la tergiversación histórica", alza la voz y reclama la legitimidad de su recuerdo: "Yo la viví [la España del primer semestre de 1936]; por eso tengo un derecho indiscutible a contarla." Es una lástima que apenas unas líneas más arriba se contradiga al declarar que se enteraba de poco de lo que ocurría en el panorama político, ya que apenas contaba con diez años. De hecho admite que "después he sabido por qué. Después he conocido la realidad de aquella primavera trágica del 36."

En cierto sentido, las memorias de Vizcaíno Casas se convierten en una respuesta constante: responde a quienes actualmente critican la educación de la posguerra -"ahora se lleva mucho echar pestes de la educación en los colegios religiosos de entonces, dicen que oscurantista, represiva, retrógrada e insuficiente"-; responde también a los "comentaristas ablandabrevas, historiadores tolondros", que critican la represión sexual que se vivió durante la posguerra. Para desmentir esa represión, describe un capítulo digamos que curioso. Cuando pasaba unos días de verano en Santander, en el verano del año 46, una joven holandesa, llamada Monique Van Geneygen, "que se pasaba el día echando pestes del régimen franquista (el cual le había concedido la beca que disfrutaba)", acepta

pasar un par de días con él en Pedreña y marchan a un hostel. Para el desenlace de la velada, lo mejor es leer la evocación que hace el memorialista:

Para mi legítimo orgullo celtibérico, al terminar la primera coyunda, que reconozco que fue brillante -¡oh, tiempos!-, la antifranquista Monique, tan displicente con la virilidad española, abrió los ojos -los tenía brillantes- y desde su horizontal dijo en un susurro:

-¡Arriba España!

Siempre he pensado que por servicios a la Patria mucho menos brillantes se han concedido cruces del Mérito Civil.

Al llegar al final del texto el lector encuentra unas páginas en las que el autor aclara que no ha querido confundir veracidad con impudicia, ni ha pretendido hacer un ajuste de cuentas, ni tampoco una declaración de principios saciada de egolatría. Entonces, por qué queda esa impresión de que se nos está imponiendo una versión única -sonrosada y casi feliz- de un período histórico atroz como fue la posguerra española para todos aquellos que tenían cierta reticencia a la hora de levantar el brazo con la mano abierta o vestir camisa azul, para todos aquellos, en definitiva, que no olvidaban que estaban viviendo bajo los castrantes efectos que provoca siempre una dictadura. Las memorias, quiéranlo o no, nunca podrán ofrecer la verdad universal de una época y por eso precisamente interesan. Las particularizan las adhesiones o críticas, los recuerdos y los olvidos. Por eso, porque el lector de memorias acude a ellas sabiéndolo, le irrita que sigan utilizándose como un vehículo de imposición histórica, y las memorias de Vizcaíno Casas se definen, precisamente, en esa línea.

Blanca Bravo Cela